

EN BUSCA DE SÍ MISMO



CUENTOS FANTÁSTICOS Y OTROS NO TANTO

Apenas nace el día y ya se ha levantado. Se calza, casi inconscientemente, las viejas chanclas y se dirige hacia su simulacro de cocina para prepararse el brebaje, espeso y negro que le devolverá a la vida. Cada uno de sus movimientos es lento y controlado, con ceremonial parsimonia. Dos metros más allá, descansa sobre la única mesa de la estancia su amigo y confidente en el que guarda parte de sus secretos, su pequeño portátil. Con el índice enhiesto, golpea la tecla deseada y la pantallita se ilumina al instante. No hay respuesta. Nadie se acuerda de él. Por un lado, se alegra, y esboza una sonrisa. Por el otro, su corazón se duele. La soledad lo oprime.

Burbujeante, con un sonido alegre, la cafetera reclama su presencia. Dos metros más allá, y el joven se sirve en su jarrita blanca, una buena porción. La primera del día. El cuerpo del

muchacho parece revivir y sus músculos, elásticos y gráciles, comienzan a vibrar de forma diferente. El motor se calienta, la razón se ilumina, retorna la sonrisa a sus labios tan frescos y todavía vírgenes. Tres metros de pared oculta tras mil libros y la puerta corredera tras la cual se camufla el diminuto baño. Antes de recibir el bautismo del día, presiona otro botón y el microtransistor lo saluda con música enlatada, la de siempre, su música adorada. Parte de sus cinco sentidos han sido satisfechos, pero tan solo parte; el joven piensa que no es muy conveniente regalarle a su cuerpo todo lo que le pide y en ese mismo instante. Es más conveniente racionar cada placer y darle tiempo al tiempo. Es muchísimo mejor y placentero sentir cada momento con toda intensidad.

Con la toalla alrededor de su breve cintura, el pelo corto, revuelto y húmedo; regresa a la cocina, ha llegado el momento de darle su dosis de placer a su rugiente estómago. Necesita de todo el carburante que luego ha de servirle para el próximo paso. Hoy será un día duro y esplén-

dido a la vez. La bahía lo espera aunque ella, impasible, lo ignora; él está emocionado y la desea con el alma entera. Es su primera vez.

El sol, tras la línea del mar, comienza su camino. El cielo blanquecino en un lado de la bóveda celeste, pero junto a la luz solar se ha teñido de oro, de limón, de naranja y, ya cerca del agua, del color de las fresas maduras.

El muchacho, caminando despacio, ha alcanzado la última roca del rústico espigón. Se estira como un gato, y calienta su cuerpo adolescente y fibroso, desprovisto de grasa. Brazos, piernas, hombros, cintura, cuello, parece que sus miembros se van a separar como los de un muñeco. Después, inspira con pasión hasta llenar su cuerpo del aire salitroso que lo limpia por dentro.

La bahía, como una gran princesa protegida del mar por el abrazo fuerte de largos espigones, se muestra indiferente; embebida en sí misma. Sus aguas en reposo parecen un espejo

que a aquella hora del día aún no tienen color. El muchacho, la admira con amor y vuelve a sonreír y, sin pensarlo más, se lanza entre sus aguas.

Antes de zambullirse en el líquido amable se ha calado un gorrito y gafas protectoras quiere que sus pupilas no pierdan ni un detalle del grandioso espectáculo. Ya siente la caricia sobre todo su cuerpo. Como labios amables que le besan la piel. Un suave cosquilleo que lo hace flotar y el sonido alegre de dulces cascabeles que siempre son iguales y siempre diferentes. A través de las ondas, la luz del sol se filtra hasta la misma tierra que parece cercana, muy próxima a sus manos. Se sumerge e intenta tocar la arena firme que se asemeja al oro, pero no alcanza el fondo. El muchacho, tozudo, rellena de aire fresco sus pulmones vacíos hasta sentir dolor, pero no lo consigue. La presión de las aguas lo mantiene flotando; mira el joven su meta todavía lejana y decide seguir, ha de seguir nadando si no quiere agotarse.

Le da un giro a su cuerpo y nada boca arriba, mirar un rato al cielo también es una opción. Así, tumbado sobre el lecho de agua, la inmensidad azul le parece pequeña, y ese cielo límpido se le antoja monótono. Una brazada y otra y los suaves movimientos de sus piernas y pies siguiendo ese compás de la música del agua que escuchan sus oídos. Así puede pensar. Recordar. Tratar de reorganizar su nueva vida. ¿Cuál será su destino? ¿Fue correcta aquella decisión que en su día tomó? Cuando se fue de casa, del hogar de su infancia, ya lo había meditado durante muchos meses. Pero en este momento no estaba tan seguro. Quizás no debió hacerlo. Era un adolescente arrogante, inseguro, y como cualquier joven lleno de vanidad. Sin embargo... ¡era tan desgraciado! No se sentía amado, ni acompañado, ni comprendido, ni...

Volvió a girar su cuerpo y dio la espalda al cielo. Su vista miró al frente, a su lejana meta. Tenía que alcanzar la roca más puntera de la enorme escollera. Cambió de movimiento, de músculos, de ritmo y siguió hacia delante. El co-

lor de las aguas era ahora más turbio y el abismo sobre el cual parecía volar se había convertido en negro tenebroso. Su piel adormecida ya no era capaz de sentir aquel contacto dulce, sin embargo el olor del salitre que iba enriqueciendo sus jóvenes pulmones lo mantenía vivo y feliz, y fuerte.

A medida que el sol ascendía en su ruta, una ligera brisa comenzó a despertarse. Al principio, con harto disimulo, se dispuso a erizar el cristal de las aguas. Pequeñísimas ondas sin malicia golpeaban el rostro del muchacho y poco a poco el invisible viento quiso hacerse notar. El joven nadador giró de nuevo el cuerpo, el agua le impedía observar el paisaje y decidió descansar mientras miraba el cielo. El monótono azul había cambiado. Ligeras nubes blancas comenzaban a poblar, inmaculadas, el inmenso escenario. La mente del muchacho decidió entretenerse observando aquel juego celestial de figuras cambiantes. Allí aparecía un rostro de mujer que minutos después se iba transformando en espantoso monstruo. Más allá un

precioso unicornio desplegó suavemente sus gigantescas alas y tomó la bellísima forma de ave del paraíso. Pero los suaves algodones blancos e inconsistentes, fueron deshilachados sin ninguna piedad por la fuerza del viento que los deshizo todos y los fue convirtiendo en ramajes grisáceos. El viento había llegado y odiaba no ser visto, y para complacer su enorme vanidad tenía que demostrar su potencia salvaje. Primero comenzó jugando con las nubes como si fueran títeres bailando a su capricho. Las nubes, confundidas, empezaron a unirse, a separarse, a agitarse todas como locos fantasmas que aglutinados en una interminable masa informe y casi sólida se vistieron de plomo. Plomo gris que ocultó por completo la luz del rey del cielo.

El joven nadador sintió miedo. Pero siguió adelante nadando boca arriba. Contemplando extasiado el fascinante espectáculo de aquel baile de máscaras. El aullido del viento, el fuego de artificio que creaban los rayos. Y percibió el dolor que la lluvia le infligía en su carne. Pero no, no solo era su cuerpo el que sentía dolor, era to-

do su ser, era su corazón. Le dolía el clamor alocado de cientos de pensamientos que invadían su mente. Todas sus ilusiones, sus sueños y deseos parecían estar ejecutando una terrible danza en aquel escenario que se había asentado dentro de su cabeza. Su vida entera cruzaba ante sus ojos. Desfile interminable de lo bueno y lo malo que le había sucedido. Sus sensaciones todas, sus pasiones, sus odios, sus amores profundos y todos y cada uno de aquellos desengaños que rompieron su alma y la volvieron débil y fría. Fría como la muerte...

Su cuerpo estaba entumecido y el muchacho solo podía escuchar el latido monótono del corazón bombeando la sangre en sus oídos. Cansado de observar su caótica vida, dejó de bracear; sus brazos y sus piernas se quedaron inertes y se dejó llevar por las aguas bravías y el iracundo viento. Dio fin a la batalla que pensaba ganar y comenzó a odiar a la hermosa bahía. Y de nuevo, se sintió traicionado y solo.

Muerto como una débil hoja que flota en una charca, el joven, de repente, en un extraño giro, fijo su vista en algo oscuro y negro allá en el horizonte. Los ojos despertaron su voluntad perdida y recordó su meta. La primera, difícil y casi inalcanzable meta que se había marcado para su nueva vida independiente y libre. Y comenzó a nadar sin desviar su mirada del punto deseado. Quizás fuera lo último que haría en su corta existencia, pero nada ni nadie ni siquiera la muerte podrían ya impedirlo.

Brazada tras brazada, dejó de oír el trueno, ignoró el oleaje, se olvidó de las nubes que cubrían el cielo, acarició la espuma que luchaba contra él y se apoyó en ella como si fueran alas.

Cuando alcanzó la roca que cierra la bahía ya no pudo escalarla. No podía sonreír, ni llorar ni agarrarse a las aristas afiladas de la siniestra piedra, más sí que fue capaz de sentir una enorme satisfacción y una gran esperanza. Durante mucho tiempo se quedó acurrucado en un pequeño hueco muy cerca de las aguas que se-

guían bailando al ritmo de los vientos. Pero ya con más calma, el telón de las nubes fue desapareciendo y un cielo casi añil comenzó a hacerle guiños al muchacho rebelde.

Su cuerpo, exhausto por el enorme esfuerzo, cayó en manos del sueño. El calor de la gruta que lo había cobijado y el arrullo del mar con su monotonía fueron sus compañeros durante varias horas. Cuando el dorado sol se ocultaba de nuevo más allá de las lejanas rocas que encierran la bahía, el joven nadador encontró su camino.

Había transcurrido un día entero para el ciclo solar, del alba hasta el ocaso; pero para el muchacho, tan solo en unas horas habían desfilado ante sus ojos casi todos los días de su corta existencia. Y lo más importante, comenzaba a vis-lumbrar el camino que debía seguir para hallarse a sí mismo.

Lentamente, fue estirando sus miembros agotados. Se desperezó todo lo largo que era so-

bre la peña grande y paseó su mirada soñolienta por la bella bahía que, durante unas horas, había sido su extraña compañera. Mientras deslizaba los pies agarrotados sobre la arena oscura y bordeando el vientre redondeado de la costa, iba pensando en todo lo que había aprendido hasta que había logrado superar su primera y ridícula gran prueba. Reconoció que en tan solo unas horas había envejecido varios años. Tuvo que aceptar que aunque la vida puede resultar excitante y hermosa, se puede transformar en terriblemente cruel, injusta y dura. Pero, a pesar de todo, la vida misma sería el más valioso regalo que jamás recibiera. Un valioso regalo que solo le pertenecería durante un tiempo limitado y no estaba dispuesto a desperdiciar ni un solo minuto del precioso tesoro.

Llegó a su apartamento y su agotado cuerpo le pedía comida, y el frescor de una ducha. Después, una larga noche de descanso y de ensueños.

Abrió la manoseada puerta, paseó su mirada enrojecida por la pequeña estancia; algo en

su corazón lo obligó a detenerse frente a su ordenador. Miró el correo. Nada... pero ese 'nada' no le causó dolor. No sintió ese vacío ni esa soledad que lo habían herido durante tanto tiempo. Ese papel en blanco que halló en su correo le sirvió de acicate para seguir luchando. Era la inmaculada imagen de su vida futura, una vida nueva que él tendría que escribir con sus actos. No le sería fácil, porque nada lo es, pero había recorrido con éxito esa primera etapa que era fundamental para seguir andando. Por fin había encontrado esa primera piedra como una base sólida para la construcción de su propia persona. El muchacho perdido que por fin se encontró.

Sus manos se movieron inquietas sobre las teclas negras y unas breves palabras mancharon la pantalla:

Pronto iré a visitaros. Tenemos tantas cosas que decirnos...

Playa de Valencia, julio de 2015